

La Segunda Llave

Han pasado veinte años desde que tengo la gatita blanca. La habían cuidado con esmero durante los diez anteriores y estaba impecable cuando la compré.

Lamentablemente su primer dueño perdió la segunda llave, algo frecuente en el mundo de los autos usados.

Si la pierdo, pensaba, sería un desastre, tendría que cambiar la chapa y la combinación del encendido. No me queda más que cuidarla como hueso santo.

No llegué a perder el sueño por ello, pero tiritaba cuando imaginaba quedarme con la gatita sin poder sacarla a pasear.

Busqué en los sitios especializados que rondan los amantes de los autos antiguos, pero sin éxito. Lo único que encontré fue la sugerencia de un gracioso que recomendaba lo que no podía fallar: ir a comprar una llave de repuesto a Alemania.

Testigo de cómo se esfumó la memoria de amigos octogenarios como yo, decidí entonces guardar la única llave en el mismo lugar, como si fuera una joyita.

Cuando pasan varios días que no la saco a pasear me acerco cada tanto a ese lugar para asegurarme de que sigue allí.

Con el paso de los años me acostumbré a vivir sin la segunda llave. No era la primera vez que las circunstancias me obligaban a convivir con una resignación bien llevada.

Hasta que un día ocurrió lo extraordinario.

Confieso que no creo en brujos, pero a mi edad no descarto que puedan existir.

Los años me han enseñado que a veces las cosas pasan de manera misteriosa e insospechada.

Todo comenzó una fría tarde de sábado, a la salida del Museo de la Memoria que me había negado a visitar. Cuando me preguntaban si ya había ido respondía con convicción:

- Para qué voy a ir a ese museo si todo eso lo viví. Hay que dejarlo para que lo visiten los jóvenes; para ellos se construyó, ¿o no?
- ¡Pero papá! Se cumplen cincuenta años del golpe, creo que es hora de que vayas a recorrerlo con la mamá. No es excusa que sean testigos de lo que ocurrió entonces y que les haya tocado vivir ese 11 de septiembre y todo lo que vino después.

Me impresionó el horror expuesto en los tres pisos del museo y observar cómo los visitantes se quedaban largo rato en silencio ante la cruda realidad de lo que veían.

Cuando ya se oscurecía salimos del Museo y con la cabeza gacha caminamos en silencio a buscar a la gatita blanca.

- Acuérdate que nuestra hija nos dijo que antes de volver diéramos una vuelta por el barrio Yungay, que está muy deteriorado, pero vivo y entretenido. Hay callecitas y pasajes estrechos con casas muy antiguas y bien tenidas. También nos dijo que podíamos ver la casa donde vive el presidente Boric.

- Está bien, demos un par de vueltas, pero con los ojos bien abiertos porque dicen que a pesar de que el presidente vive por aquí, todavía es un barrio peligroso. Además ya se hizo de noche.

La suerte estaba de nuestro lado: después de varias vueltas por ese Santiago que parece detenido en el pasado encontré un lugar para estacionar muy cerca del pasaje Adriana Cousiño. En el momento que cerraba la gatita blanca vi que alguien se acercaba con dificultad.

- ¿Qué querrá este hombre? ¿tienes algo de sencillo para darle?
- Creo que no, respondí, pero no te preocupes. Yo hablo con él.

El hombre venía cojeando con una muleta en su mano derecha mientras la izquierda parecía estar paralizada.

- Buenas noches, dijo respetuosamente. Escuché el inconfundible ruido del motor de un Mercedes y me apuré para verlo. ¿Es un E420, verdad? Perdonen, pero quería verlo porque yo tuve uno igual hace tiempo. Es una maravilla de auto, de cuando los Mercedes se fabricaban enteramente en Alemania.
- Efectivamente es un W124. El único problema de esta gatita blanca es que solo tengo una llave y no quiero ni pensar que se me pueda perder.

El intruso continuó:

- Antes de mi accidente tuve varios autos pero los perdí. Se vendieron para pagar la clínica donde estuve internado por más de un año. Me quedé solo con el Bugati de 1931 que yo mismo restauré. Mire, aquí está la foto.

- Increíble. Es un auto maravilloso. No sabía que hubiera uno en Chile.
- No les quito más el tiempo. Seguramente quieren recorrer con calma este hermoso pasaje y si alcanzan podrían ver un par más, aunque a esta hora es difícil que la guardia cercana a la casa de Boric les permita pasar.
- No importa. Creo que otra día volveremos más temprano para recorrer el barrio. Amigo, ha sido un gusto.
- Antes de que se vaya, si quiere yo le puedo conseguir la segunda llave. Conozco un cerrajero de confianza que me hizo varias a la perfección. Venga el lunes y lo acompaño para que se la hagan. Deme su celular para que quedemos conectados.
- ¡Qué raras son las cosas que pasan a veces! le comenté a mi esposa. Cuando lo vi acercarse pensé que era un mendigo o alguien que simulaba cojear para asaltarnos con otros que seguramente estaban escondidos.
- Es cierto, pero ¿y si lo que dijo este hombre no es mentira? Capaz que te consiga la segunda llave.

Lo pensé un par de veces y el lunes lo pasé a buscar. Me llevó a un puesto de venta de llaves y candados ubicado sobre la vereda, en plena avenida Matucana al llegar a Alameda. El cerrajero -que apenas había parado en su taller- me dijo que le entregara la llave original y que volviera en veinte minutos.

- Amigo José, me olvidé de traer efectivo para pagar el trabajo, le dije al dueño del Bugati 1931.
- No se preocupe, no hay problema, lo acompaño a la estación del Metro que está en la esquina. Ahí hay varios cajeros.

Si le confío la original al cerrajero, pensé, y además me asaltan en el Metro podría perder la única llave y la gatita blanca también. Pero confié y caminé con José hasta la estación. Para mayor seguridad puse la billetera en el bolsillo delantero del pantalón.

En el corto trayecto hasta la entrada del Metro me topé con toda la variedad del comercio callejero: en la misma vereda tuve que esquivar un carrito en que una muchacha, sin duda extranjera, ofrecía empanadas recién fritas; más adelante, varios curiosos observaban un mesón repleto de cajas con productos electrónicos; caminé unos pasos más y esquivé a una pareja joven que salía de un pequeño local comiéndose unos enormes completos. Justo al lado, el encargado de un local oscuro invitaba a los transeúntes a jugar en las máquinas tragamonedas, mientras sentado en la escalera de la estación del Metro un sonriente hombre de color ofrecía paltas de gran tamaño.

Abajo en la estación era difícil caminar: cientos de personas entraban y salían de ambos andenes del metro. Me acerqué a un cajero y retiré el dinero.

Ya más tranquilo volví con José al tallercito a buscar la llave: el cerrajero me entregó la original y la que había tallado. Le pagué “las dieciocho luquitas no más” y nos encaminamos al auto.

— No se preocupe, me dijo José, mientras caminaba con dificultad detrás de mí. Tenga fe, la llave va a funcionar sin problema.

Y tenía razón. La segunda llave funcionó perfectamente.

Llevé a José de vuelta al cité donde vive. Le agradecí lo que había hecho y al momento de despedirnos me dijo:

- Todo el tiempo usted estuvo temeroso y me parece que es porque no confía en la gente de estos barrios. Créame que la gran mayoría son personas honradas que luchan para conseguir el sustento diario para tratar de llegar a fin de mes. Espero que se lleve una buena impresión del barrio Yungay y de la hermosa comuna de Quinta Normal. Cualquier problema con la gatita, me llama no más.

Manejé de vuelta a mi casa con la segunda llave muy apretada en mi mano.